

firma la voluntad del artista de no ayudar al observador por medio de mensajes evidentes, invitando a una lectura poética, a una participación sensible y sensual y, al mismo tiempo, crítica y que en su amenazante imperturbabilidad adquiere una presencia metafísica.

Marcelo Pombo trabaja sobre la utopía de lo pequeño, reverencia la humildad de ciertas tareas artesanales, rescata lo decorativo que de ellas deriva y les introduce un nuevo ordenamiento, las incorpora a un soporte bidimensional sin olvidar sus cualidades texturales, la disciplina en un mundo de fantasía del que emergen significados «no sin pecado concebidos». Sus objetos desfilan por la superficie como sobre un escenario metafísico, mientras revelan sus obsesiones en un orden conceptual que compone el paisaje interno en una volitiva fragmentación de memorias recompuestas en extrañas estructuraciones rítmicas.

Para sumergirse en el laboratorio conceptual de Omar Schiliro hay que olvidarse de los estereotipos posmodernistas y aceptar que su obra es madura en su concepción, aun sin tener un presupuesto teórico a priori. Sus urgencias expresivas lo obligan a apoderarse del repertorio de la decoración doméstica, así como de objetos de señalización industrial, los cuales descontextualiza del mundo cotidiano para estructurar sus fantasiosos objetos a los que otorga, en su destino, una nueva función. Rescata lo retórico como virtual en contraposición al sentido clásico de lo sublime. El relevamiento y reemplazo de esos objetos plásticos, artificiosamente distantes y técnicamente lejanos, los convierte en materiales iconográficos que producen un extrañamiento semántico, salto irónico atravesado por el espesor de sus invenciones.

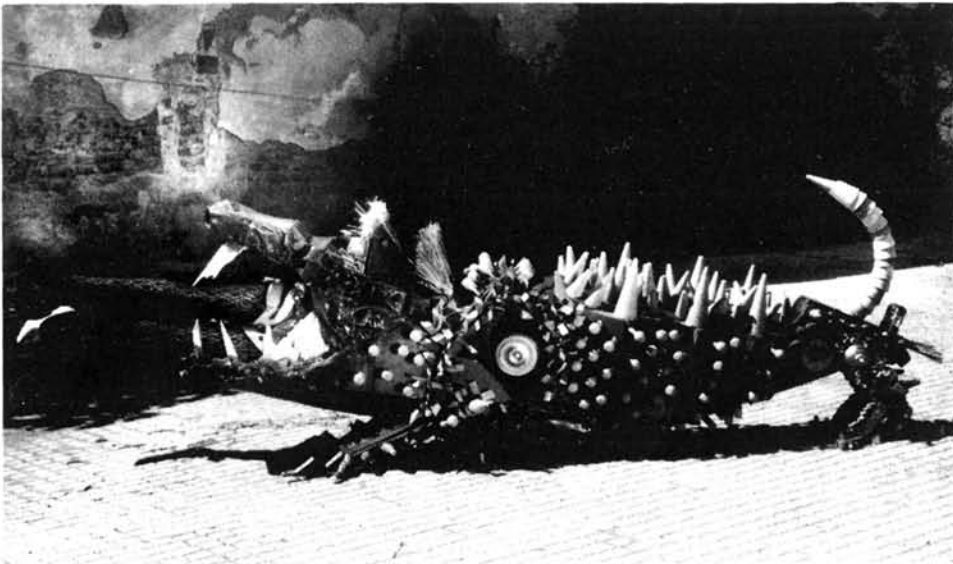
En Gumier Maier más bien habría que sospechar un aspecto desacralizante de la pintura que, a veces, llega al límite del *Kitsch* sin contaminaciones anecdóticas. Convierte sus imágenes en un catálogo de formas abstractas, en apropiaciones conscientes del repertorio pictórico que, en sus caprichosas combinaciones, se reproponen como insolentes estereotipos de la abstracción. Son lacónicas provocaciones autocomplacientes de su banalidad y un elogio de las mismas a través de formas teñidas de estridente dramaticidad cómica. Son extravagancias sin sentido, preguntas sin respuestas, de obsesivas formulaciones.

Miguel Harte es un artista que trabaja la distancia: la belleza como distancia, en el simulacro de una superficie pulida de mármol o granito artificial. Expresa ese no lugar que encuentra su existencia en una pequeña y amenazante grieta iluminada que sigue la falsa veta del mármol o en la laceración lagrimeante de la inmaculada blancura de una plancha de laminado plástico (fórmica). Una historia personal de poesía cotidiana empuja cada momento de sus operaciones a través de una narración que sorprende

en la síntesis de su representación y aparece como una enorme constelación, donde eclosionan burbujas que contienen un drama existencial. Semiesferas cristalinas contienen un universo interrumpido por señales orgánicas: pequeños embriones humanos con su autorretrato, insectos atrapados... Microexistencias, vagantes seres que habitan el magmático caos recubierto de poliéster (Martilux) del que emerge un universo maduro, conformado por un lenguaje fluido, fruto de una obsesiva repetición introspectiva y, al mismo tiempo, radical.

En Patricia Landen, lo orgánico emerge como resultado de sus analogías poéticas. El conjunto de sus esculturas forma parte de un texto que se construye a través de ese imaginario de peculiar geometría orgánica (frutos, caracoles, flores, pájaros de acero) con el que redescubre la relación entre la naturaleza y el hecho cultural que las origina. La coherencia semántica aparece como un reclamo hilvanado de una obra a la otra que, en su afán experimentador, traslada a otra situación y expresa un inédito vocabulario formal. Convierte, de este modo, la mecánica del hacer en su propio lenguaje cuya pluralidad de formas se ambientan a sí mismas y encuentran su definición en el límite que ellas proponen.

Laura Buccelato



Los monstruos del infierno se disputan a Ramona (Antonio Berni, 1964, 320 × 85 cm)



Ariel Ramirez